OPERACION POESIA

UNA hora que llenar. Entre la clase de matemáticas que acaba a las diez y una sustitución a las once. Dió unos pasos indeterminados por la calle. Vió una cafetería. Entró. Pidió una bebida y se sentó a una mesa. Sacó un cuaderno. Empezó a recordar qué cosas tenía que hacer en la jornada. Pensó y escribió:

"Que no se me pase enviar las flores a la amiga de mi madre:

Marta. Camelias y nardos.

Seguramente me llamará a la noche para darme las gracias. Veremos si logro que el domingo me deje salir con su hija a dar un paseo por el campo. Podríamos hacer unas fotos. Si hiciese buen día pondría un carrete de color.

Domingo con sol: color.

Debe de ser ya la hora. Mientras llego a la Academia... Explicaré algo que sirva de repaso:

Seno, tangente y vector.

¡Ah!, y a la salida comprar el libro ése. ¿Cómo se titula? ¡Ah, sí!:

Los problemas de la vida.

LA mano sobre el hombro, en golpe que no lo era por su fuerza, pero sí por la intención que denunciaba:

—Acompáñenos.

Rostros vueltos desde la barra del mostrador. Curiosidad. Alguna pincelada de indignación. Un poco de miedo. Mucho de autojustificación. La salida a la calle rompiendo la rutina incolora de la entrada.

El coche, aparcado y con la puerta entreabierta, en espera impa-

ciente. El viaje por calles que se tornaban desconocidas. El roce con dos cuerpos, colocado uno a cada lado, a cada curva o frenazo. Una pregunta:

—Pero ¿por qué?

Silencio que pronto diluyó el eco de la voz Frenazo. Una calle céntrica. El portal de una casa lleno de hipocresía en su amplitud acogedora. Encierro en una habitación hostil. De vez en cuando entraba o salía un individuo apresurado. Le repetía su pregunta:

—Pero ¿por qué?

Siempre silencio. Al fin, uno de los que entraron, menos inteligente o más humano, no pudo callar:

—Ya te enseñarán a ti a hacer poesías.

EL decreto sólo contaba con algunos días de vida. El que seis años antes dividió las poesías en legibles y no legibles para todos los públicos se había endurecido hasta límites severísimos. Se añadían las lecturas privadas a las públicas y se reducía la concesión de tarjetas a los cultivadores de la escritura medida. Se cayó con frenética meticulosidad sobre los textos escolares y algunos "slogan" publicitarios.

Los periódicos acogieron con entusiasmo la campaña. La "Operación poesía" se desarrollaba con éxito. Habían sido desenmascarados un corrector de pruebas, dos redactores de noticias y hasta el administrador de una editorial.

Todo empezó años antes. Cuando los críticos y los historiadores comenzaron a revalorizar a Campoamor y Grilo. Después vino el desempolvar poetas considerados puro prosaísmo por sus contemporáneos. Tomó parte el Estado, declarando géneros superiores la Fábula y la Aleluya. Como una reacción en cadena vinieron el expurgo de antologías y manuales, la prohibición de ejercer la poesía sin estar colegiado, el "númerus clausus" para los vates y, finalmente, la persecución.

LA respuesta del agente sembró una momentánea confusión en su cerebro, al girar sus ideas en busca de la solución. ¿Poesía, yo? Volvía a él la dorada luz cenital de la cafetería. Nada de poesías. Estaba callado. No tenía ningún libro. Recordó que al detenerle le habían quitado el cuadernito donde apuntaba. ¿Había allí poesías? No. Trató de memorizar qué cosas había en el cuaderno. Nada. Nada que explicase aquella alusión.

EL primer interrogatorio fué en la misma habitación. La luz cenital se cambió en un suave escarlata que introducía terror y desasosiego en el ánimo. El plástico del asiento se endureció. Una de sus patas cojeaba al menor de sus movimientos. El hombre que había surgido ante él, anguloso y rectangular, preguntaba con sequedad:

—¿Hace mucho que escribe poesías?

—¿No estaba escribiendo una?

—¿Negará que esto es una poesía?

Ante él, un cuadernito. La página donde había tomado los apuntes. Quiso leerla o recordar, pero no le dió tiempo. Las preguntas volvían:

—¿No es usted poeta?

—¿Cuál es su profesión?

Hasta entonces las respuestas, apenas otra cosa que negativas, caían en el vacío sin ser recogidas, pero aquélla hizo dar un salto al interrogador:

—¿Profesor ha dicho? ¿De qué?

—¿De matemáticas? ¿No lo es de literatura o de poesías? ¿No lo ha sido accidentalmente? ¿No estudió las atávicas asignaturas de filosofía y letras?

—Soy muy joven para eso.

—¿Ha leído usted muchos libros?

—No está prohibido.

—Ya lo sé, ya lo sé; pero ¿los ha leído?

—He leído algunos.

—¿De poesía?

—Quizá sí. Antes de la prohibición.

—¿Los ha escrito?

—No.

—¿No es esto una poesía?

Y los cuatro renglones, breves y desiguales, del cuadernito bailaban ante sus ojos.

PARA el segundo interrogatorio fué conducido a una sala donde todo inspiraba confianza y tranquilidad. La silla se adaptaba sin hacerse sentir. Igual ocurría con la luz. Un hombre, de rasgos afables, con aspecto de profesor, le incitaba a atender. En la mano tenía un puntero con el que señalaba lo escrito en el encerado:

Marta. Camelias y nardos.
Domingo con sol: color.
Seno, tangente y vector.
Los problemas de la vida...

—¿Es usted el autor de esta poesía, perdón, de este comienzo de una poesía?

Nuevas negativas.

—Me asegura usted que esto no es una poesía. Bueno, verdad es que no se ajusta exactamente a un esquema métrico, pero puede ser que intente innovaciones. ¿Cómo explica usted haber escrito estas palabras?

Explicaciones con rubor, ira y timidez hablando de la amiga de su madre, de su hija, de las flores, de las fotografías, de la lección de matemáticas, del libro que tenía que comprar...

—Todo eso está muy bien, pero cómo explica usted el ritmo, los octosílabos, el parentesco con precedentes... Bueno, bueno, comprobaremos. ¿Se dejaría conectar el detector?

Se encogió de hombros y dejó que aquel hombre hiciera. Apenas débil corona de alambre en torno de la cabeza y otra en una muñeca. El técnico, insinuador, casi acariciante, le pronunciaba palabras:

—Ultraísmo. Generación del veinticinco. Guillén. Salinas. Décima...

Con un gesto como el de un médico que ha concluído un análisis, se irguió.

—Bien. No veo que haya nada. Creo que podrá irse en seguida.

Salió a la calle. Se iba repitiendo: "Nunca he hecho poesía. Nunca he hecho poesía." Tuvo que esperar a que pasase un coche para cruzar. El brillo de la luz en el barniz del carruaje le llenó de contento. Advirtió cómo se movía ante él la ramita de un árbol. Casi al mismo tiempo vió a su lado a un niño impaciente en cruzar. Una frase nacida de no sabría dónde le brotó al pensamiento:

Mientras haya en el mundo primavera...

NO había pronunciado las palabras, pero se llevó la mano a la boca. Se detuvo, aunque no había ninguna calzada que cruzar. Miró a uno y otro lado. Por si acaso, cambió de acera y continuó el camino, cabizbajo, en dirección a su clase de matemáticas.



JORGE CAMPOS